

Juan XXIII - Paulo VI

Enorme ha sido la sorpresa en el mundo con la muerte de Juan XXIII, sentida en todas partes, cuando el 3 de junio, lunes de Pascua del Espíritu Santo, nos anunciaba la Radio su muerte, tras la dolorosa agonía de su última enfermedad. Había él querido apartarse del mundo, en la novena precedente a la Pascua del Espíritu Santo, según su antigua costumbre, y de hecho lo que hizo fue recogerse en su Palacio apostólico en el lecho de muerte, para exhalar su último suspiro el día siguiente de Pascua, invocando en sus últimas palabras a nuestra Madre María. Juan XXIII, el Papa de la inefable bondad y encantadora sencillez, entregó su alma a Dios.

Hacia poco que había sido galardonado, el 7 de marzo, con el Premio de la Paz, que fue acordado por unanimidad en la sesión plenaria del Patronato de la Fundación Balzán, premio anticipado de su última encíclica Pacem in terris, que fue firmada el 11 de abril siguiente, en la fiesta de la Cena del Señor, constituyendo como un Código de la pacificación del mundo. Es que el Papa Roncalli, según la técnica de publicidad actual, había hecho la "propaganda" de su futura Encíclica. Estrenando modalidades inusitadas entre sus predecesores, dirigió su carta no sólo a los obispos, al clero y a los fieles cristianos, sino también a cuantos tengan buena voluntad: "universis bonae voluntatis hominibus". El 10 de mayo le era conferido solemnemente el Premio Balzán de la Paz, y destinaba la totalidad del importe a una obra permanente de paz.

El 15 de mayo, el mismo Papa, en su alocución en la audiencia general, declaraba a sus oyentes que con la Pa-

cem in terris se habían conmovido hasta las piedras, pues nunca se había dado un eco tan poderoso, tan compacto y unánime en todas las partes del mundo (L'Osservatore Romano del 19). En la misma alocución Juan XXIII recordaba la impresión que suscitó en el mundo la Encíclica de León XIII sobre la cuestión social. Recientemente, añadió, se han dado otros documentos pontificios, pues los Papas se suceden, pero el pensamiento, la doctrina, es siempre la misma, adaptada a las nuevas circunstancias. "Se trata, añadía, de la Mater et Magistra y de la Pacem in terris, que es un eco del himno de los ángeles: 'Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad'".

Todavía el 20 de mayo el Papa Roncalli tuvo alientos para dirigir una exhortación apostólica a todos obispos del orbe, en paz y comunión con la Sede apostólica, invitándoles a una novena especial preparatoria de la fiesta de Pentecostés. No preveía entonces que la suya sería una novena de dolor y sacrificio en el lecho de la muerte, para entregar su espíritu a Dios. Postrado ya en cama, al saber cómo se oraba por él, el egregio enfermo exclamó: "Si Dios quiere el sacrificio de mi vida, que las oraciones de todos sirvan para impetrar por el Concilio, la Iglesia y la paz de la humanidad."

El Sagrado Corazón, en el día de su fiesta, nos trajo el nuevo Papa, el cardenal Juan B. Montini, que tomó el nombre de Paulo VI. Fue el primer cardenal creado por Juan XXIII, en el Consistorio de 15 de diciembre de 1958. No fue antes nombrado cardenal, porque, como reveló Pío XII en la alocución pronunciada el 12 de enero de 1953, aunque él había incluido en la lista de cardenales a Mons. Montini, este prelado había declinado aquella altísima dignidad. Hay que tener presente que desde finales de 1952 desempeñaba el cargo de Pro-secretario de Estado para los asuntos ordinarios de Pío XII. El 1 de noviembre de 1954 era nombrado arzobispo de Milán, y recibió la consagración episcopal en el altar de la Cátedra en la Basilica Vaticana, actuando de consagrante el cardenal Tisserant.

Diríase que el Espíritu Santo le señalaba aquel día para ocupar con el tiempo la Cátedra de San Pedro. En aquella ocasión Pío XII, al dar la bendición a su antiguo Pro-secretario de Estado, dijo que lo hacía "con fe y esperanza en el futuro del nuevo Pastor". Muchas personas interpretaron este gesto poco corriente de aquel Papa hacia el nuevo Arzobispo como significación de que le gustaría fuera él su sucesor.

"En el nombre del Señor", fue el lema del escudo del ahora Paulo VI. "En el nombre del Señor, avancemos en paz"; así terminaba la carta del Cardenal-arzobispo de Milán del 24 de febrero de este año; y no de otra manera acaba el Mensaje del nuevo Papa a sus venerables hermanos y queridos hijos del mundo entero. Pero avanza también Paulo VI llevando el amor de todos en su corazón.

Tres son las directrices de su camino, continuando la obra de su antecesor: Reanudar el curso del Concilio Vaticano II comenzado por Juan XXIII e interrumpido por su muerte; proseguir la tarea de la implantación del reino de la justicia, magistralmente expuesta en las dos encíclicas antes mencionadas del Papa anterior; hacer que reine en el mundo la paz fundada, como dijo Paulo VI al Cuerpo diplomático en su felicitación primera, en los cuatro pilares de la verdad, la justicia, el amor y la libertad; y alcanzar la unión de todos los cristianos separados, que andan a tientas en busca de unidad.

Desde estas páginas de ESTUDIOS ECLESIASTICOS, al par que testimoniamos nuestra adhesión absoluta e inquebrantable y nuestro filial amor y devoción a Paulo VI, pedimos a Dios que ilumine sus pasos, que avanza hacia tan elevados y acertados fines. El Señor nos lo conserve muchos años, para que pueda en efecto dar cima a sus egregios intentos.